



M i experiencia del Sínodo para la Amazonía

Víctor Codina



La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia  <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar a la red a <<https://creativecommons.org/licenses/?lang=es>>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net
ISSN: 2014-6485

Edición: Santi Torres Rocaginé
Corrección: Cristina Illamola
Diseño cubierta: Jordi Pascual Morant
Diseño y maquetación: Pilar Rubio Tugas
Diciembre 2020

MI EXPERIENCIA DEL SÍNODO PARA LA AMAZONÍA

Víctor Codina

SUMARIO

- 05** INTRODUCCIÓN
- 06** I. ¿QUÉ HA SIDO EL SÍNODO PARA LA AMAZONÍA?
- 19** II. CLAVES TEOLÓGICAS DEL SÍNODO
- 29** PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Víctor Codina

Jesuita. Estudió filosofía y teología en Sant Cugat, en Innsbruck y en Roma. Doctor en Teología, fue profesor de teología en Sant Cugat viviendo en L'Hospitalet del Llobregat y Terrassa. Desde 1982 hasta 2018 residió en Bolivia donde ha ejercido de profesor de teología en la Universidad Católica Bolivia de Cochabamba alternando con el trabajo pastoral en barrios populares. Es miembro del Área teológica de Cristianisme i Justícia.

INTRODUCCIÓN

Una de las consecuencias negativas de la pandemia por coronavirus ha sido que ha concentrado de tal modo la atención mundial que ha puesto entre paréntesis y silenciado otros temas sociales y eclesiales como el Sínodo de la Amazonía. Solo ahora, cuando parece que la pandemia comienza a remitir, afloran otras cuestiones sociales y eclesiales candentes como recordar la importancia de la encíclica *Laudato si'*, en el quinto aniversario de su publicación. Pero, en realidad, pandemia y ecología están estrechamente relacionadas, pues tanto científicos como pensadores humanistas reconocen que la actual pandemia es consecuencia del cambio climático y de la inmisericorde destrucción de la naturaleza por parte de nuestro modelo de sociedad consumista y tecnocrática.

En este sentido, retomar el Sínodo para la Amazonía y la exhortación post-sinodal *Querida Amazonía* significa reconocer su conexión con la *Laudato si'* y, por tanto, su importancia de cara al cuidado de nuestra casa común. De alguna manera el Sínodo amazónico es una concreción del cuidado de nuestra casa común. No es casual que la Amazonía sea ahora una de las mayores víctimas de esta pandemia letal y se tema un genocidio por omisión de los poderes públicos.

5

El haber participado del proceso sinodal como teólogo experto me impulsa a comunicar mi experiencia sinodal. Imagino que fui propuesto como perito por haber estado 36 años viviendo y trabajando en Bolivia, un país con una amplia zona amazónica, la mayor después de Brasil. La Red Eclesial Panamazónica (REPAM), presidida por los cardenales Claudio Hummes y Pedro Barreto, presentó una serie de nombres de teólogos y peritos ligados a la Amazonía para que colaborasen con los expertos nombrados por la Secretaría General del Sínodo de los Obispos. Me invitaron a participar a comienzos del 2019, cuando ya estaba en gestación el *Instrumentum laboris* bajo la coordinación y dirección teológica de Miguel Yáñez, sj, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

Viajé tres veces a Roma para participar en el *Instrumentum laboris* y en un seminario interno sobre el celibato en Monte Cucco; luego, en octubre, asistí a las tres semanas que duraba la celebración del Sínodo. El día 25 de septiembre de 2019 recibí una carta del cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo, en la que me comunicaba oficialmente que el sumo pontífice Francisco me había nombrado experto del Sínodo.

Pienso que mi misión no acaba con el Sínodo para la Amazonía, sino que se prolonga más allá: ha de ayudar a comunicar a otras personas lo allí experimentado, para que el Sínodo pueda ser ampliamente recibido en la Iglesia y en la sociedad.

I. ¿QUÉ HA SIDO EL SÍNODO PARA LA AMAZONÍA?

1. Un poco de geografía e historia

La Amazonía es una amplia zona geográfica sudamericana que forma parte de nueve países: Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil, Guyana, Surinam y Guayana Francesa, con una extensión de siete millones de kilómetros cuadrados, con 35 millones de habitantes, de los cuales unos tres millones son indígenas, campesinos, ribereños, afrodescendientes, colonos, gente que vive en centros urbanos, pueblos indígenas no contactados y en aislamiento voluntario (PIAV), con un total de más de 120 lenguas diferentes.

Es uno de los lugares más bellos del planeta, con un rico bioma de flora y fauna, uno de los mayores caudales de agua dulce y de vegetación selvática que ayuda al equilibrio climático de América y del mundo. Por ello, su deterioro afecta gravemente a toda la tierra y a la humanidad. Pero, aparte, la Amazonía está más amenazada que nunca por los intereses económicos de las grandes multinacionales y de los gobiernos.

Desde el punto de vista eclesial, la Amazonía constituye un gran desafío pastoral no solo por las grandes distancias, sino por la falta de ministros ordenados, la pluralidad de lenguas, etc.

En 2014, se constituyó la REPAM, liderada por los cardenales Claudio Hummes y Pedro Barreto, con la valiosa ayuda del laico Mauricio López, para coordinar la problemática social y pastoral amazónica. Esta problemática, un tanto lejana a la realidad argentina, llegó al papa Francisco desde diversos frentes: por un lado, la Asamblea episcopal de Aparecida (2007) la mencionaba directamente; por otra parte, el cardenal Claudio Hummes había trasladado al papa Francisco la urgencia del tema amazónico en varias ocasiones. Finalmente, el 15 de octubre de 2017, el Papa convocó un sínodo especial sobre la Amazonía bajo el lema «Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral».

No era la primera vez que se reunía un sínodo en Roma sobre una región concreta (hubo sínodos anteriores como el europeo, el americano, el africano, el asiático, el de Oriente Medio), pero sí la primera vez que se convocaba para una extensa zona geográfica, plurinacional y multicultural, cuya pervivencia, hoy en riesgo, afecta a todo el planeta. A diferencia de otros sínodos que se centraban en temas eclesiales (obispado, catequesis, laicado, eucaristía, vida

religiosa, familia, etc.), el Sínodo amazónico tenía un horizonte más amplio, planetario, mundial, ecológico, más allá de los límites confesionales cristianos.

En un viaje a Perú el 19 de enero de 2018, el papa Francisco se reunió con indígenas amazónicos en Puerto Maldonado y, ante la sorpresa de todos, les dijo que no había venido a hablarles, sino a escucharlos:

«Y he querido venir a visitarlos y escucharlos, para estar juntos en el corazón de la Iglesia, unirnos a sus desafíos y con ustedes reafirmar una opción sincera por la defensa de la vida, defensa de la tierra y defensa de las culturas».

A partir de esta reunión en Puerto Maldonado, la REPAM organizó una amplia consulta y encuesta a los pueblos amazónicos para conocer sus problemas y deseos, tanto de cara a la sociedad como a la Iglesia. Fue un trabajo ímprobo, en el que participaron unas veinte mil personas, se consultaron unos 120 pueblos indígenas diferentes, mediante unas 290 reuniones. Se elaboró también un mapa de toda la Amazonía con los problemas y dificultades de cada país. A los teólogos y expertos nos entregaron un resumen de cien páginas donde aparecía recogida la voz de los indígenas.

¿Cuáles son las constantes líneas de fondo de esta encuesta?

7

En primer lugar, los pueblos indígenas manifiestan con dolor la situación en la que viven, de amenaza constante de su territorio, de su identidad y de su vida. Las agresiones de las grandes multinacionales y de las compañías extractivistas, mineras, petroleras, forestales, agroindustriales, etc. destruyen su hábitat, contaminan su tierra y los ríos, poniendo en peligro sus vidas. Muchos deben abandonar la selva para trasladarse a las riberas de los ríos; otros huyen y emigran a las ciudades como Manaus o Leticia, donde viven dispersos y perdidos en la periferia urbana, sin trabajo, víctimas de redes que esclavizan a las mujeres a prostituirse, donde los hombres caen en el narcotráfico y del índice de suicidios de jóvenes indígenas no para de crecer.

Los líderes que denuncian estos atropellos son amenazados y algunos de ellos incluso han sido asesinados: Chico Mendes, Jósimo Tavares, Cleusa Rody, Simón Bororo, así como misioneros que alzaron su voz en defensa de los indígenas, como Rudolf Lunkenbein, Monseñor Alexandre Labaqa, Inés Arango, Vicente Cañas, Dorothy Stang, entre muchos otros. Como decía una indígena, las multinacionales están cortando las venas de nuestra madre tierra que se desangra lentamente. Es una actualización de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano.

Aunque también hay gratitud respecto a la Iglesia, existen quejas y peticiones por parte de los grupos cristianos. Agradecen todo lo mucho que la Iglesia ha hecho en la evangelización (escolarización, salud, formación y acom-

pañamiento pastoral de ministros y religiosas), pero lamentan un pasado de pastoral colonialista y vertical. Por eso, piden una presencia de los ministros que no sea simplemente de visita, sino de cercanía y de permanencia, y que los misioneros conozcan sus lenguas y culturas.

En este sentido, solicitan ministros autóctonos, hombres maduros designados por las comunidades, ya con familia propia, que puedan ser ordenados para la celebración de los sacramentos y la dirección de las comunidades; también piden el diaconado femenino, ya que de hecho son las mujeres las que dirigen la pastoral. También solicitan la creación de seminarios propios para formar a indígenas, así como universidades indígenas.

Pero, al mismo tiempo, ellos ofrecen a la Iglesia y a la humanidad una sabiduría ancestral y milenaria, anterior al cristianismo, que se concreta en el paradigma del “vivir bien”, es decir, en una vida en armonía con la comunidad, con la naturaleza y con la Divinidad. Ellos saben cuidar de la tierra y saben aprovechar sus frutos como remedios para las enfermedades. Asimismo, ofrecen al mundo moderno depredador e injusto, un modo alternativo de vivir y de cuidar de la tierra.

2. El proceso sinodal

8

2.1. El *Instrumentum laboris* (documento de trabajo)

A partir de esta amplia consulta, en la Secretaría General del Sínodo junto con algunos obispos y teólogos expertos, elaboramos un documento de trabajo (*Instrumentum laboris*) que se publicó oficialmente el 17 de junio del 2019 y se entregó a todos los obispos del Sínodo, quienes, al tomar la palabra durante el acto, partían siempre de algún número concreto de dicho documento.

El *Instrumentum laboris* consta de tres partes:

- Parte I. La voz de la Amazonía: la Amazonía como fuente de vida y revelación de Dios. Es una introducción teológica sobre la región como signo de los tiempos y *kairós* que llama a la Iglesia a defender la vida amenazada y a construir una Iglesia con rostro amazónico y misionero.
- Parte II. La ecología integral: el clamor de la tierra y de los pobres. Es una amplia presentación sociológica de los graves problemas actuales de la Amazonía: la destrucción extractivista que afecta a los diferentes pueblos amazónicos, el drama de la migración y urbanización, la problemática sobre la familia, la comunidad, la salud, la educación y, finalmente, la exigencia de una conversión ecológica e integral en la región.

- Parte III. Desafíos y esperanza de una Iglesia samaritana. Es la sección pastoral del documento que aborda los temas de la inculturación y la interculturalidad, la evangelización de las culturas, la necesidad de una liturgia inculturada, la organización de las comunidades (donde se aborda el tema de los nuevos ministerios), los desafíos de la evangelización de las ciudades, los nuevos movimientos religiosos y ecuménicos, el desafío de los medios de comunicación, el papel profético de la Iglesia y la promoción humana integral.

El *Instrumentum laboris* fue el resultado de un largo trabajo de la Secretaría General del Sínodo, de algunos obispos invitados, de los expertos en ámbitos sociales y teológicos, y de algunos indígenas amazónicos. Es un trabajo serio, profundo, maduro, equilibrado y realista, que recoge y asume la voz de la consulta a los indígenas y presenta su desafiante problemática a los miembros del Sínodo para fomentar la reflexión y el discernimiento.

A pesar de ello, las reacciones sesgadas hacia ese documento de trabajo por parte de los sectores conservadores de la Iglesia y de los Medios de Comunicación Social no se hicieron esperar. Miembros conservadores de la jerarquía eclesial lo criticaron como herético, idolátrico, panteísta, estúpido, que mitificaba a los indígenas y negaba la necesidad de salvación de Cristo, que defendía una ecología biodegradable y pretendía promover un regreso a la época cavernaria, al arco y las flechas. Por otra parte, los Medios de Comunicación Social silenciaron las referencias ecológicas y se concentraron en los dos temas eclesiales candentes: la ordenación de hombres casados (los llamados *virī probati*) y el diaconado femenino.

2.2. Desarrollo del Sínodo

El Sínodo episcopal amazónico se celebró en Roma entre el 6 y el 27 de octubre del 2019. Formaban parte del sínodo 184 obispos (entre ellos, miembros de la Curia Vaticana, obispos de la Amazonía y algunos obispos invitados especiales), diversos representantes de la vida consagrada, 55 participantes (entre los cuales, 35 mujeres y, en total, 17 invitados indígenas), 25 expertos en teología y en temas científicos, varios delegados de otras Iglesias y algunos invitados especiales del mundo de la política, la ciencia y de entidades de apoyo.

Además, un conjunto de organizaciones amazónicas, teológicas y sociales, que constituyeron un grupo llamado *Casa Común* y que intervinieron en algunos momentos del proceso sinodal, acompañaron el evento para apoyar su desarrollo desde fuera.

Al día siguiente de la inauguración solemne del Sínodo en la basílica de San Pedro, tuvo lugar una procesión inaugural desde San Pedro al Aula Pa-

blo VI, donde se celebraría el sínodo. La Secretaría General del Sínodo aceptó la presencia de estos grupos de apoyo al sínodo “Casa común”, quienes podían llevar sus símbolos y entonar sus cantos. La procesión avanzó en un bello desorden: indígenas, muchos emplumados y con pinturas rojas, cargaban una barca y redes, mientras cantaban rítmicamente «Echemos las redes en el agua profunda», y se entremezclaban alegremente con obispos y padres sinodales, algunos un tanto turbados; mientras, el papa Francisco sonreía feliz. La prensa crítica dijo que más que una procesión aquello parecía el Carnaval de Río.

La Casa Común también organizó un viacrucis desde el Castel Sant’ Angelo hasta el Vaticano llevando imágenes de los mártires amazónicos. Y al acabar el Sínodo colaboraron en el llamado *Segundo Pacto* de las Catacumbas de Santa Domitila, en referencia al primer Pacto de las Catacumbas de Santa Domitila, que algunos obispos del final del Vaticano II celebraron en 1965. En este Segundo Pacto de las Catacumbas, cardenales, obispos, teólogos y teólogas, así como personas de la vida religiosa y laicos, junto con indígenas se comprometieron a llevar adelante la defensa de los pueblos indígenas, para una Iglesia amazónica y una ecología integral.

En el Sínodo, después de escuchar largamente los aportes de los obispos y de los invitados especiales e indígenas, se fue redactando el *Documento final* en grupos lingüísticos diversos, formados por obispos, expertos y algunos representantes indígenas. Participé en uno de los grupos en español, formado mayormente por obispos amazónicos de Bolivia, Ecuador y Perú, colaborando en los trabajos junto con el experto teólogo argentino Carlos María Galli. Cada grupo presentó al plenario una serie de propuestas que constituyeron la base del *Documento final*.

2. 3. El Documento final

Este documento consta de cinco capítulos articulados bajo la perspectiva de la promoción de nuevos caminos para la conversión: la conversión integral, la conversión pastoral, la conversión cultural, la conversión ecológica y la conversión sinodal.

La primera, la conversión integral, supone escuchar el clamor de la tierra, el de los pobres y el de los pueblos de la Amazonía; escuchar los gemidos del Espíritu que nos anima a comprometernos por la casa común.

La conversión pastoral impulsa a crear una Iglesia en salida misionera, una Iglesia samaritana, misericordiosa y solidaria, una Iglesia en diálogo ecuménico, interreligioso y cultural, con rostro joven, que recorre nuevos caminos para una pastoral urbana, con equipos itinerantes, que pasa de una pastoral de visita a una pastoral de presencia y que suma todos los carismas, instituciones, congregaciones, religiosos y religiosas, laicos y laicas.

La conversión cultural lleva a estar presente y respetar los valores pluriculturales de los pueblos amazónicos, viviendo y practicando la inculturación y la interculturalidad, y defendiendo sus derechos. Esto tiene consecuencias con vistas a asumir la piedad popular, a elaborar una teología inculturada, así como a promocionar la salud, la educación y la comunicación.

La conversión ecológica busca concretar en la Amazonía las enseñanzas de la *Laudato si'*, enfrentándose a la explotación ilimitada de la casa común y de sus habitantes. Esto implica buscar nuevos caminos de desarrollo justo, solidario y sostenible, y desarrollar la dimensión socioambiental de la evangelización, de modo que se pueda caminar hacia una Iglesia pobre, con y para los pobres, desde las periferias vulnerables. Asimismo, propone definir el pecado ecológico como una acción-omisión contra Dios, el prójimo, la comunidad y el ambiente, un pecado contra las futuras generaciones, y que se manifiesta en actos y hábitos de contaminación y destrucción de la armonía del medioambiente (82).

La conversión sinodal busca que todo el Pueblo de Dios camine a la par bajo la guía del Espíritu. Y esto implica nuevos caminos para la ministerialidad eclesial, con una presencia activa del laicado, con diversos ministerios laicales para hombres y mujeres; una vida consagrada profética, inserta en los pueblos indígenas más vulnerables y alejados y cercana a ellos. La Iglesia amazónica busca ampliar la presencia femenina en la comunidad eclesial, pues en las consultas realizadas en el espacio amazónico se constata que se solicitó el diaconado femenino y poder compartir sus experiencias con la Comisión creada por el Papa sobre este tema (103). Urge asimismo la promoción, la formación y el apoyo del diaconado permanente para la Iglesia amazónica: dada la importancia de la eucaristía como fuente y cumbre de la comunión eclesial y el derecho de la comunidad a la celebración eucarística, así como de la dificultad de muchas comunidades para acceder a la eucaristía por falta de ministros y a causa de las grandes distancias, se solicita que, aunque se aprecia el celibato como don de Dios, se propongan criterios para ordenar sacerdotes «a hombres idóneos y reconocidos por la comunidad, que tengan un diaconado permanente fecundo y reciban una formación adecuada al presbiterado, pudiendo tener familia legítimamente constituida y estable», para sostener la vida cristiana de la comunidad eclesial (111).

También se solicita un organismo episcopal que renueve la sinodalidad entre las Iglesias de la región, contribuya a delinear el rostro amazónico de esta Iglesia y busque nuevos caminos para la evangelización amazónica (115). Y se pide que el nuevo organismo de la Iglesia en la Amazonía estudie la posibilidad de elaborar un rito amazónico, a semejanza de los veintitrés ritos diversos que existen en las iglesias católicas orientales (116-119).

El *Documento final* concluye con una invocación a María, Madre de la Amazonía, para que la vida plena que Jesús trajo al mundo llegue a todos, especialmente a los pobres, y pueda darse una presencia eclesial con rostro amazónico y salida misionera (120).

Los 120 párrafos fueron aprobados por una mayoría de 2/3, incluso la ordenación de hombres casados y la petición del diaconado femenino. El papa Francisco quiso que se publicasen los resultados de todas las votaciones.

Este *Documento final* fue entregado al Papa para que, como en otros sínodos, pudiera escribir la Exhortación apostólica postsinodal. Se publicó oficialmente, junto con sus discursos de inauguración y de clausura (Cfr. BAC, *Documentos*, Madrid, 11 de noviembre del 2019).

2.4. Las intervenciones del papa Francisco durante el Sínodo

El encuentro fue presidido por el papa Francisco, quien asistió a todas las reuniones, escuchó en silencio, tomó notas y, de vez en cuando, tomó la palabra para hacer algún comentario.

Después de algunos días de trabajo sinodal, uno de los comentarios del papa Francisco que más impactó e incluso desconcertó fue su afirmación de que al Sínodo le faltaba “desborde”, que no se podían poner remiendos nuevos a un vestido viejo. En los diversos grupos lingüísticos discutimos sobre el sentido de este “desborde”. Parecía que el papa quería algo más radical; no meros apaños y respuestas parciales. Ya en el discurso inaugural había afirmado que el Espíritu era el protagonista principal del Sínodo. Y en el de clausura criticó a ciertas élites católicas que quieren ir a la “cosita” y se olvidan de las “grandes” empresas. A continuación, citó un texto de Péguy: «Porque no tienen el coraje de estar con el mundo ellos creen estar con Dios. Porque no tienen el coraje de comprometerse en las opciones de vida del hombre, creen luchar por Dios. Porque no aman a ninguno, creen amar a Dios».

Otras veces hizo comentarios puntuales sobre diversos temas: la violencia contra la mujer, su preocupación por los sacerdotes jóvenes demasiado estrictos en lo exterior, lo cual puede esconder problemas personales más profundos. También compartió que le preocupan los jóvenes religiosos y sacerdotes que se quedan en las ciudades y no desean irse a lugares de la misión amazónica; asimismo, confesó que le preocupa la formación sacerdotal en los seminarios, demasiado separados del mundo real. Sobre el tema del diaconado femenino afirmó que renovarían la comisión teológica para su estudio, que comprendía la insatisfacción de las mujeres y que «recogía el guante».

En los momentos de descanso a media mañana y a media tarde, se podía saludar al Papa.

Yo había conocido al jesuita P. Jorge Mario Bergoglio cuando él estaba en Alcalá de Henares (Madrid) cursando el último año de la formación jesuítica, la llamada *Tercera Probación*. Impartí a todo el grupo unas charlas sobre vida religiosa, las cuales parece que le gustaron y me invitó a darlas en Argentina. En julio de 1971 viajé a Buenos Aires; Bergoglio me esperaba en el aeropuerto y me organizó conferencias en Buenos Aires Córdoba y Santa Fe. Volví a saludar al papa Francisco en su visita a Bolivia en 2015 y cuando, ahora en el Sínodo, le saludé, exclamó riendo: «¿Todavía vivís?»..., pero seguidamente me dijo que había leído un artículo mío sobre los opositores a su Pontificado.

3. *Querida Amazonía*. La exhortación apostólica postsinodal

El 12 de febrero del 2020, en medio de una gran expectativa mediática, se presentó la exhortación apostólica postsinodal de Francisco, *Querida Amazonía*. Se esperaba que el Papa se pronunciase a favor de la ordenación de hombres casados y del diaconado femenino.

Pero la expectativa pronto se convirtió en desilusión para muchos, y los medios de comunicación afirmaron que el Papa, presionado por los grupos eclesiales conservadores y por miedo a un cisma eclesial, cerraba la puerta y prohibía tanto la ordenación de hombres casados como el diaconado femenino.

¿Es eso cierto? ¿*Querida Amazonía* se reduce a estos temas eclesiales internos? ¿No dice nada de la ecología? ¿Es casual este silencio mediático sobre temas ecológicos?

El papa Francisco siempre desconcierta y, cuando se esperaba una exhortación postsinodal jurídico-canónica que se posicionase ante los interrogantes eclesiales abiertos por el Sínodo, nos presenta una carta de amor apasionado a la Amazonía (3, 26, 55, 63), con un bello y poético texto con cuatro sueños: un sueño social (1-27), un sueño cultural (28-31), un sueño ecológico (32-46) y un sueño eclesial (47-77). *Querida Amazonía* está entretejida con numerosas poesías y cantos de autores cercanos a esa región.

Quizás el n.º 7 puede servir como una primera síntesis:

«Sueño con una Amazonía que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

»Sueño con un Amazonía que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

»Sueño con una Amazonía que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante de sus ríos y sus selvas.

»Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y encargarse en la Amazonía, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos».

Estos sueños constituyen un género literario y teológico especial; no son como los sueños nocturnos bíblicos en los que Dios se dirige a algunos personajes (a patriarcas, a profetas, a José, a Pablo...), sino que son sueños diurnos, como los de Joel (Jl 3,1) y el de Pedro en Pentecostés (Hch 2,14-17), sueños de la utopía del Reino, sueños de la acción desbordante y misteriosa del Espíritu, sueños que van más allá de los límites eclesiales y se abren al mundo para anunciar la vida, liberar de toda esclavitud y llamar a la conversión.

Los tres primeros sueños (social, cultural y ecológico) exponen la belleza de la creación que se manifiesta en la Amazonía: los ríos, la selva, la riqueza de su fauna y flora, la variedad de su riqueza cultural y religiosa, la sabiduría de sus habitantes que nos enseñan a vivir bien, en armonía con la comunidad, la tierra y Dios:

«Amazonas
capital de las sílabas del agua,
padre patriarca, eres
la eternidad secreta
de las fecundaciones,
te caen ríos como aves...»

(44, nota 54).

«Se trata de contemplar la Amazonía, como los pueblos originarios, reconocer su misterio, no solo analizarla, sino amarla, no solo utilizarla, sino sentirnos unidos ella, para que vuelva a ser nuestra, como una madre» (55).

Pero esta belleza está amenazada:

«Son muchos los árboles
donde habitó la tortura
y vastos los bosques
comprados entre mil muertes»

(9, nota 3).

Hay textos de gran crudeza; por ejemplo, de la época del caucho en la Amazonía venezolana: a los indígenas no se les daba el salario en dinero, sino solo en mercancía y cara; más de veinte pueblos fueron arrasados; a las mujeres, las violaban y les amputaban los pechos; a los hombres, les cortaban los dedos de las manos o las muñecas para que no pudiesen navegar (15, nota 12).

Hoy sigue la explotación inmisericorde del territorio, la migración de sus habitantes, la contaminación del río y la selva, las amenazas de muerte... Ante

esta situación, el papa Francisco lanza un grito profético: el clamor de los pobres y de la tierra clama al cielo (9); es una injusticia y un crimen, un nuevo tipo de colonialismo (14); es necesario indignarse como hizo Jesús (15); no hay que llamar a los indígenas “salvajes incivilizados” (29); abusar de la naturaleza es abusar del Creador, hipotecando el futuro (42): «La tierra tiene sangre y se está desangrando, las multinacionales le han cortado las venas a nuestra Madre tierra» (42, nota 52). El grito de la Amazonía es como el grito del Pueblo de Dios en Egipto (52).

Solo después de estos tres sueños comienza el sueño eclesial, dirigido a pastores y fieles católicos (61-110). En él señala gran parte de lo que ya recogía el *Documento final* y añade lo siguiente: potenciar las comunidades de base, que los obispos, sobre todo latinoamericanos envíen misioneros a la Amazonia, reconocer el gran papel misionero de la mujer y de la vida consagrada inculturada, la necesidad de equipos itinerantes para zonas fronterizas, valorar a la mujer no por su funcionalidad, sino por su aporte femenino a la Iglesia, fomentar el diálogo ecuménico y el diálogo con las religiones autóctonas, con sus simbolismos, mitos e imágenes.

Pero omite pronunciarse sobre los dos temas más conflictivos: el tema de la ordenación de indígenas casados y el diaconado femenino.

¿Causas de este silencio? El papa Francisco indica al comienzo de *Querida Amazonía* que no quiere elaborar un documento nuevo ni sustituir ni comentar el *Documento final* del Sínodo, sino ayudar a una creativa recepción del camino sinodal (2) e invitar a leerlo detenidamente (3). Esto significa que acepta el *Documento final* aprobado y, por tanto, también todo lo que mayoritariamente se aprobó sobre estos dos temas. El papa no abre nuevas puertas, pero tampoco cierra ninguna. Es falso afirmar que se prohíbe el sacerdocio de hombres casados y el diaconado femenino: *Querida Amazonía* no dice nada.

Él no quiere resolver desde arriba un tema que necesita discernimiento dentro de una eclesiología de la sinodalidad, centrada en el diálogo y el discernimiento común, ya que lo que a todos afecta debe ser discernido entre todos. Por tanto, no quiere caer ni en el conservadurismo de los que desean que nada cambie, ni en el progresismo ideológico de los que ni siquiera se interesan por los indígenas, sino que quieren aprovechar esta ocasión para promocionar sus ideas. El papa Francisco prefiere resolver los conflictos a un nivel superior que mantenga las polaridades, buscar una salida por desborde, abrirse al Espíritu (104).

Si hubiese aprobado estos dos temas eclesiales conflictivos, el horizonte ecológico del Sínodo hubiera pasado totalmente inadvertido o desaparecido para la opinión pública.

Pero en la nota 120 recuerda que el Sínodo, como hemos visto, aprobó proponer un rito amazónico (116-117 del *Documento final*). Y un nuevo rito

supone no solo una inculturación litúrgica, sino una inculturación de las estructuras ministeriales, como sucede en los veintitrés ritos diferentes de la Iglesia oriental católica, algunos de los cuales admiten ministros casados; esto posibilitaría que la eucaristía pudiese animar siempre la vida de las comunidades amazónicas. Incluso, esta nota puede abrir caminos de futuro, como la nota 351 de *Amoris laetitia* abrió la posibilidad de reconciliación y comunión de los divorciados que se volvían a casar.

La exhortación postsinodal no aporta novedades teológicas a la *Laudato si'*, pero actualiza cuatro principios de la *Evangelii gaudium*: el tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea y el todo es superior a las partes (EG 222-237).

En definitiva, *Querida Amazonía* es fiel al principio ignaciano de la «Anotación segunda» de los *Ejercicios espirituales*, «porque no el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente». Teóricamente, nada ha cambiado, pero, en realidad, todo es nuevo. La novedad y la riqueza de *Querida Amazonía* nace de la dimensión experiencial y espiritual del proceso sinodal que desbordó las expectativas. La exhortación postsinodal es fruto de la novedad siempre insospechada del Espíritu, que actúa desde abajo, desde la periferia, desde los pobres y los descartados, desde la Amazonía y sus pueblos.

16

Querida Amazonía termina con una oración a María, Madre de la Amazonía, para que se muestre madre de las creaturas, en la belleza de las flores, de los ríos, del gran río que la atraviesa y de todo lo que vibra en sus selvas, y para que cuide con cariño esta explosión de hermosura; para que mire a los pobres de la Amazonía porque su hogar ha sido destruido por intereses mezquinos; para que toque la sensibilidad de los poderosos y para que, aunque ya sea tarde, se salve lo que todavía vive (111).

4. La Conferencia Eclesial de la Amazonía

El 29 de junio del 2020, el Papa constituye oficialmente no un Organismo Episcopal ni una Conferencia Episcopal Amazónica, sino la Conferencia Eclesial de la Amazonía. Es el primer fruto eclesial del Sínodo. Recordemos que en el *Documento final* del Sínodo se pedía una Iglesia samaritana, profética, misionera, defensora de la vida en todas sus dimensiones, que buscase nuevos caminos de evangelización y de inserción pastoral (DF 107-114). Como ya hemos visto, una de las propuestas aprobadas del *Documento final* fue constituir un Organismo Episcopal para la Región Amazónica (DF 115) para poder discernir y llevar a término las decisiones sinodales. Esta Conferencia Eclesial de la Amazonía es consecuencia de un largo proceso de acercamiento, de escuchar

el clamor de los pueblos y de la tierra, de la sangre de muchos mártires y del testimonio de misioneros, de mujeres y de laicos. La novedad radica en que no se trata de una Conferencia Episcopal, sino de una Conferencia Eclesial Amazónica, en colaboración con el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), pero con autonomía propia.

Bajo la presidencia del cardenal Claudio Hummes, forman parte de esta Conferencia Eclesial no solo obispos representantes de las siete conferencias episcopales de los países amazónicos, representantes de la REPAM y de Caritas, sino también miembros laicos de la Iglesia de la Amazonía: por un lado, Liliana Franco, presidenta de la Conferencia latinoamericana de religiosas y religiosos (CLAR) en representación de la vida consagrada, y, por otro, aún más significativo, tres miembros de los pueblos originarios amazónicos: Patricia Gualinga, la hermana Laura Vicuña y Delio Siticonantzi. La voz de la periferia llega al centro, como ya aconteció en el Sínodo.

Corresponderá a esta Conferencia Eclesial de la Amazonía, un grupo eclesial mixto, representativo y permanente, implementar las propuestas aprobadas en el Sínodo. Por ejemplo, elaborar un rito amazónico que, como hemos visto, tenga en cuenta no solo la inculturación litúrgica, sino también teológica y ministerial, como acontece en los veintitrés ritos diferentes de las Iglesias católicas orientales (DF 116-119; LG 23).

17

Sin duda, también serán objeto de esta nueva Conferencia Eclesial Amazónica los dos temas candentes del Sínodo, que concentraron de forma exclusiva la atención y la expectación de los medios de comunicación y se aprobaron por mayoría en el Sínodo: la ordenación de hombres casados (DF 111) y el diaconado femenino (DF 103), sobre los que el papa Francisco no se pronunció en su exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonía*, quizás esperando un discernimiento eclesial más amplio.

La importancia de esta Conferencia Eclesial de la Amazonía es un paso muy significativo, ya que, por una parte, reafirma la realidad de la Iglesia local y, por otra parte, desborda los límites de las conferencias episcopales y se abre a toda la Iglesia. Para algunos observadores expertos (Carlos María Galli, José Antonio de Almeida, Mauricio López, etc.), esta Conferencia Eclesial de la Amazonía no es un simple remiendo nuevo a un vestido viejo, sino que abre un nuevo camino en la línea de la sinodalidad eclesial y de nuevas formas de eclesialidad regional, en un clima de colaboración y comunión eclesial de todo el Pueblo de Dios que en el bautismo ha recibido el Espíritu; es un *kairós*, un tiempo de gracia.

Sinodalidad significa una Iglesia en camino conjunto hacia el Reino, donde todos tenemos voz propia y nos escuchamos, donde lo que afecta a todos ha de ser tratado por todos. La comunión en el Espíritu es principio permanente de vida sinodal. El Papa, por su parte, da mucha importancia al tema de

la sinodalidad eclesial (es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio), profundiza en el tema de la sinodalidad en *Episcopalis communio* y ha convocado el próximo Sínodo universal sobre la sinodalidad. También habla una Iglesia en salida, poliédrica, que sea una pirámide invertida, en cuya cúspide esté el Pueblo de Dios y los obispos y el Papa, en la base. No desea una Iglesia en la que las cosas se disciernan autoritaria y verticalmente desde arriba, sino una Iglesia en la que se discierna comunitariamente el camino de lo que el Señor nos pide hoy. La sinodalidad es lo más opuesto al clericalismo patriarcal todavía existente.

Esta nueva Conferencia Eclesial de la Amazonía, en su apertura a la sinodalidad, es una puesta en práctica de la teología del Pueblo de Dios del Vaticano II, un Pueblo que ha recibido la unción del Espíritu en el bautismo y que posee el sentido de la fe y la connaturalidad con los misterios de la vida cristiana (LG 12). Por eso, es importante y significativo que, para buscar los nuevos caminos para la Iglesia de la Amazonía, se consulte no solo a los obispos y al clero, sino a toda la Iglesia, a la vida religiosa, al laicado y, muy concretamente a los indígenas originarios del lugar, que son quienes mejor conocen su realidad y a quienes, por ser pobres y sencillos, el Padre ha revelado los misterios del Reino. Hay que ser contemplativos de la Palabra, pero también contemplativos del pueblo (EG 154).

No sabemos si esta nueva Conferencia Eclesial Amazónica será una experiencia piloto y un banco de prueba que se podrá extender a otras Iglesias, pero lo que sí podemos afirmar es que es una buena noticia, con sabor a evangelio y a Espíritu, al Espíritu que siempre nos sorprende por su constante creatividad divina (EG 11), y todo lo renueva desde abajo, silenciosamente, como los hilos de agua que lentamente forman los ríos que afluyen en el gran Amazonas.

II. CLAVES TEOLÓGICAS DEL SÍNODO

Como hemos visto, se trata de un sínodo singular, importante y conflictivo. Singular, porque aborda un tema universal —la ecología integral—, pero desde un lugar geográfico muy concreto. Importante, por la temática que resume el magisterio del papa Francisco (*Evangelii gaudium*, *Laudato si'*, *Episcopalis communio*) y constituye, según algunos, como el punto álgido de su pontificado. Conflictivo, porque es crítico ante organismos financieros, económicos y políticos, que explotan y destruyen la Amazonía. Y crítico también frente al poder del clericalismo eclesial.

Ahora bien, organismos políticos y eclesiales ya han puesto de manifiesto sus posturas contrarias al sínodo y al *Instrumentum laboris*. Se comprende que el Sínodo sea conflictivo, se comprende que se pretenda acallar, incluso, que muchos medios quieran reducirlo al tema del celibato eclesiástico, por el interés morboso que siempre despierta.

Para iluminar esta compleja situación, ofrecemos siete claves teológicas fundamentales, que se autoimplican y solapan mutuamente.

1. La vida es el tema central del Sínodo

El título del sínodo, *Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, puede generar cierta perplejidad ante la pluralidad de temas implicados. El tema central es la vida, la vida del territorio amazónico y de sus pueblos; la vida de la Iglesia, la vida del planeta. (IL 8). Y la vida es un tema profundamente bíblico: Dios Padre es el creador de la vida; Jesús ha venido para darnos vida en plenitud (Jn 10,10); el Espíritu Santo es vivificador, Señor y dador de vida.

El tema del Sínodo forma parte integrante de la misión eclesial de todos los tiempos, esto es, prolongar la misión de Jesús, quien pasó por el mundo haciendo el bien y liberando de toda amenaza de muerte (Hch 10,38), quien anuncia un Reino de vida, quien envía a sus discípulos a dar vida y liberar del mal, quien entrega amorosamente su vida para que nosotros tengamos vida, liberándonos del pecado y de la muerte; él es la resurrección y la vida (Jn 11,25), y tiene las llaves del reino de la muerte (Ap 1,18).

Esta vida es algo integral, pues incluye la vida del planeta, la vida humana material, cultural y espiritual de los pueblos amazónicos, la vida plena de las comunidades eclesiales amazónicas; es la vida humana comenzando por lo

más elemental y material (*bios*) y humano (*psyche*); también es la vida plena, salvífica, divina que nos comunica con el Espíritu del Señor resucitado (*zoe*) (IL 11). Corresponde a la Iglesia anunciar y defender la vida, denunciar todas las amenazas de muerte y luchar por la vida.

Así, tan unilateral y sesgado es reducir el Sínodo al cambio climático como concentrarlo únicamente en la ordenación de varones indígenas casados, mientras se silencia la dimensión ecológica integral.

2. Metodología del ver y escuchar

La metodología del Sínodo no es la de *Lumen Gentium*, que comienza a partir de la Trinidad (LG 1-4), sino la de *Gaudium et Spes*, que parte de la realidad (GS 1-10). Es la metodología cuyo origen está en los movimientos de la juventud obrera católica europea (JOC) y que América Latina asumió desde Medellín a Aparecida (excepto en Santo Domingo): ver, juzgar y actuar.

El papa Francisco también nos advierte de que la realidad es más importante que la idea (EG 231-233). Pero la novedad del Sínodo consiste en que al ver se le añade el escuchar, superando así el riesgo de caer en una frialdad sociológica objetiva y distante. Escuchar implica pasar de ser mero agente a ser receptor y paciente, dejarse impactar por la realidad humana, por el clamor del pueblo, como Yavé escucha el clamor del pueblo explotado en Egipto que sube hasta el cielo (Ex 3,7-10), como Jesús que siente que se le conmueven las entrañas ante el sufrimiento del pueblo que vive cual rebaño sin pastor (Mc 6, 34). Escuchar es el talante necesario para un juzgar y un actuar compasivos ante el dolor ajeno.

Esta actitud de escucha forma parte intrínseca de la sinodalidad de la Iglesia, es decir, de una Iglesia en camino conjunto que dialoga con todos y escucha a todos, que sabe que el Espíritu del Señor ha sido derramado sobre toda la humanidad y que el Pueblo de Dios lo ha recibido por los sacramentos de iniciación y le confiere el sentido profundo de la fe (LG 12). Por eso, en Puerto Maldonado (Perú) el Papa prefirió escuchar a los indígenas antes que dirigirles su palabra.

Añadamos que en el caso de la Amazonía no solo se trata de escuchar al pueblo, sino de escuchar a un pueblo pobre que forma parte de aquellos privilegiados bíblicos a quienes les han sido revelados los misterios del Reino de Dios (Lc 10,21-22). Esto explica el interés por escuchar que se ha concretado en una amplia consulta de la REPAM a los pueblos amazónicos con el objetivo de conocer sus inquietudes, problemas y esperanzas. Pero a todo esto se le ha añadido la fuerte interpelación durante el Sínodo de las voces amazónicas, no solo de los obispos de la Amazonía, sino sobre todo de los indígenas:

Anitalia Claxi Pijachi Kuyuedo, indígena colombiana, les dice al Papa y a los obispos que lean el evangelio del juicio final de Mateo 25; Yesica Pattiachi Tayori, indígena peruana le dice al Papa que él está con ellos, pero que está solo y necesita que otros obispos le ayuden a remar; César Leónidas Licuy Grefa, indígena ecuatoriano, reclama ayuda, pues muchos hermanos suyos son asesinados; Enrique Matareco Pofueco, indígena boliviano que apenas puede leer su texto en castellano, acaba cantando en su lengua moxeña, ante el aplauso general de todos; varias religiosas que trabajan en la Amazonía afirman que ellas desempeñan un papel pastoral muy importante en la Iglesia amazónica y que, ante la ausencia de ministros ordenados, ellas llevan a cabo los bautizos y las bodas, celebran la Palabra, asisten a los enfermos y a los difuntos, incluso “confiesan” dando una bendición a los penitentes.

La calidez y la valentía de los aportes de los testimonios amazónicos contrastan con la frialdad abstracta y teórica de otros participantes sinodales.

3. Actitud profética ante la vida amenazada

La lectura de los aportes de las comunidades indígenas, como hemos visto, revela un constante clamor ante la destrucción que las multinacionales provocan en su hábitat y que ponen en peligro su vida. Esta está amenazada por estructuras de muerte, fruto del paradigma tecnocrático y del afán de lucro de grupos financieros, económicos y políticos. No es que solamente se sientan amenazados en su territorio, sino también en su identidad humana, cultural y espiritual, pues la tierra no es un lugar o un objeto, sino un sujeto, la Madre tierra, a la que las multinacionales cortan las venas y esta se desangra. Nunca antes el pueblo amazónico había estado tan amenazado como ahora. Ante esta grave situación, la Iglesia no puede callar y ha de denunciar proféticamente estas injusticias que afectan a la Amazonía y a todo el planeta. Su silencio sería cómplice de muerte, sería pecado de omisión.

El Sínodo exige una conversión ecológica como ya reclamaba el papa Francisco en la *Laudato si'* (LS 216-221).

Sin embargo, el Sínodo no es agresivo y debería verse de forma positiva, como una llamada al diálogo y a la conversión ecológica de todas las partes implicadas, como una ayuda a superar dificultades y a buscar un nuevo orden mundial, a cuidar el planeta tierra, a unir a todos cuantos desean preservar nuestra casa común, a asumir con esperanza un futuro mejor, una ecología integral.

Los trágicos incendios forestales de la Amazonía y la actual pandemia en la cual miles de indígenas se han contagiado, sin ayudas sanitarias adecuadas, con el riesgo de sufrir un verdadero genocidio humanitario, han puesto de ma-

nifiesto la fragilidad de la región, la tragedia de sus habitantes y el riesgo para todo el planeta. El Sínodo para la Amazonía se reviste hoy de una providencial actualidad.

4. Ecclesiología de la Iglesia local: una Iglesia amazónica

La Iglesia que nace en Jerusalén es a la vez una Iglesia local y universal. Más tarde, la Iglesia universal se va configurando como comunión de las Iglesias locales bajo la presidencia en la caridad del obispo de Roma. Las Iglesias locales no son una parte de la Iglesia universal, sino una porción de la Iglesia universal, en las que y a partir de las cuales se constituye una Iglesia católica única (LG 23). El Vaticano II reconoce el valor de las Iglesias locales, con su identidad cultural e histórica propia, y su diversidad litúrgica y canónica, que enriquecen la Iglesia universal (LG 23, SC 37-40; 65, AG 22). La Iglesia es un Pueblo de Dios con muchos rostros (EG 115,121).

El Sínodo escucha la voz de las comunidades cristianas amazónicas que gracias a la amplia encuesta realizada expresan, como hemos visto, un doble aspecto. Por una parte, agradecen los 500 años de evangelización de la Iglesia misionera que ha fundado y formado las diversas comunidades cristianas a lo largo de los siglos, y solicitan que les sigan ayudando con centros de formación, pero también que les defiendan contra las actuales agresiones de las multinacionales.

Al mismo tiempo, lamentan que todavía perviva un sentido colonial y vertical de la misión, poco inculturada y dialogal, con una pastoral más de visita que de presencia estable. Se pide que los misioneros conozcan la lengua y la cultura de los pueblos y que tengan una visión positiva sobre las capacidades de los indígenas para liderar sus comunidades eclesiales en las diversas formas de misión y de ministerios, ya que ellos son quienes mejor conocen a su gente y saben cómo acompañarlos y dirigirlos. En resumen, una Iglesia local madura ha de poseer sus propios ministros autóctonos.

En este sentido, solicitan ministros autóctonos, hombres maduros designados por las comunidades, con familia propia, que puedan ser ordenados para celebrar los sacramentos y dirigir a las comunidades; también reclaman el diaconado femenino, ya que, de hecho, son las mujeres quienes dirigen la pastoral. De ahí la necesidad y la legitimidad de hablar de una Iglesia con rostro amazónico, una Iglesia que responda a las necesidades e inquietudes de los pueblos de la Amazonía, buscando la mejor manera de defender su vida y de anunciar el evangelio de salvación de forma inculturada, en diálogo con su cultura, espiritualidad e identidad históricas, una identidad que va más allá de las diferentes fronteras políticas y geográficas de los pueblos. Una Iglesia con

rostro amazónico es una Iglesia samaritana, profética, nazarena, misionera, defensora de la vida en todas sus dimensiones, que busca hoy nuevos caminos de evangelización y de inserción pastoral (IL 107-114). Por eso se pide la constitución de un Organismo Episcopal Regional Postsinodal para la región amazónica (IL 115) que pueda discernir y llevar a término las propuestas sinodales.

El fruto de esta reflexión ha sido, como ya hemos visto, la constitución no de una Conferencia Episcopal Amazónica, sino de la Conferencia Eclesial de la Amazonía

5. Aportes de la Amazonía al mundo y a la Iglesia

Es injusto considerar la Amazonía solamente como un conjunto de pueblos pobres que necesitan defensa y protección. Son pueblos diferentes, “otros”, con grandes riquezas humanas, culturales y espirituales, con una sabiduría milenaria y ancestral, anterior al cristianismo.

Como el indio Juan Diego, que en pleno invierno ofrece rosas al obispo Juan de Zumárraga, la Amazonía ofrece a los obispos reunidos en el Sínodo y a la Iglesia y a toda la humanidad la riqueza de sus flores: la belleza de su exuberante naturaleza y de sus ríos, la propuesta del “buen vivir” y de buscar “la tierra sin males”, es decir, una vida en armonía con la naturaleza, con la comunidad y con Dios; una espiritualidad integral, el sentido de celebración y de fiesta, una tradicional sabiduría sobre el cuidado de la tierra, la salud y los remedios, un concepto de desarrollo y de progreso muy distinto del concepto moderno de progreso tecnocrático que acumula bienes en manos de pocos y destruye la naturaleza.

En un momento de crisis ecológica y humanitaria del planeta, y ante la situación de pandemia que sacude a toda la estructura globalizada occidental moderna, la Amazonía nos ofrece alternativas, no para que reneguemos de los avances positivos del progreso moderno, sino para que aprendamos de los pueblos amazónicos el poder sentirnos parte de la naturaleza, donde todo está conectado y merece respeto. Así, evitemos el caos de un posible desastre ecológico futuro del planeta. No podemos hipotecar el futuro de las nuevas generaciones con nuestro desastroso y destructor concepto del llamado *progreso moderno*.

Esta valoración positiva de los pueblos amazónicos no debe conducirnos a la ingenuidad idealista del mito del *bon sauvage*, ni cerrar los ojos a las deficiencias y errores que afectan a toda cultura humana, ni negar la necesidad de la gracia y la salvación de Cristo. Necesitamos siempre discernir, pero es indudable que, antes de que llegasen los misioneros a la Amazonía, ya había llegado el Espíritu del Señor, aunque muchos misioneros no lo reconocieran.

6. Eucaristía e Iglesia

Hablar de la eucaristía tiene lugar solo después de haber tratado la necesidad de defender la Amazonía de las amenazas que la destruyen. Sin justicia no hay eucaristía; no sería la cena del Señor (1 Cor 11). Antes de ofrecer la ofrenda, hay que reconciliarse con los hermanos (Mt 5, 23-24). Por eso, no deja de ser sospechoso que algunos sectores quieran reducir el Sínodo para la Amazonía al tema de los ministerios de hombres casados y al diaconado femenino.

La afirmación de Henri de Lubac, que resume la tradición patristica de «la eucaristía hace la Iglesia, la Iglesia hace la eucaristía», que el papa Juan Pablo II recoge en *Ecclesia de eucharistia*, muestra la centralidad de la eucaristía en la vida cristiana, ya que como dice el Vaticano II, la eucaristía es fuente y cumbre de toda vida cristiana (SC 10; PO 5). Es necesario profundizar en la importancia eclesial y vital de la eucaristía. Sin esta, la Iglesia languidece y muere.

La vida en abundancia que Jesús nos ofrece (Jn 10, 10) no es solo el pan material con el que alimenta al pueblo hambriento y por lo que el pueblo entusiasmado le quiere nombrar rey, sino el pan de vida de su cuerpo y sangre entregados por la vida del mundo (Jn 6). La eucaristía posee una dimensión personal, comunitaria, eclesial y social, pero también cósmica, pues en ella la creación, pan y vino, se transfiguran, hacen presente al Señor resucitado y anticipan la escatología de los nuevos cielos y la nueva tierra del Reino. Por todo ello, no se puede privar durante años enteros a las comunidades de la eucaristía ya sea por la falta de ministros, ya sea por las grandes distancias. Así, se corre el riesgo de que las comunidades devengan comunidades evangélicas de la Palabra o simplemente desaparezcan. De ahí la urgencia de dotar a las comunidades con ministros ordenados para evangelizar, servir y celebrar los sacramentos, sobre todo la eucaristía.

La consulta a los pueblos amazónicos es clara: piden la ordenación de aquellas personas que la comunidad juzgue aptas para el ministerio, sean célibes o casadas, no solo ancianos. Son las comunidades las que deben elegir y proponer a sus ministros.

El celibato es un gran don y el carisma que el Espíritu concede a algunos cristianos. Y es comprensible que la Iglesia latina lo exija a los candidatos al ministerio presbiteral por sus grandes beneficios. Pero no puede anteponerse una ley eclesiástica como la del celibato obligatorio para el ministerio presbiteral en la Iglesia latina por encima del derecho divino a la eucaristía. Esto sería convertir la ley del celibato en una ideología, como pudo serlo la circuncisión para los cristianos venidos de la gentilidad.

Debemos recordar que el celibato no se exigía en la Iglesia primitiva y no fue obligatorio en la Iglesia latina hasta el siglo XIII. Tampoco es obligatorio en las diferentes Iglesias católicas orientales. En todo caso, siempre es posible la

dispensa canónica de una ley eclesiástica en casos concretos, como aconteció cuando los papas Pío XII y Benedicto XVI ordenaron, respectivamente, a pastores luteranos y anglicanos casados que deseaban entrar en la Iglesia católica.

También habría que debatir el diaconado de las mujeres, como se pide en la consulta, pues daría a la Iglesia un nuevo rostro femenino y reconocería litúrgicamente el servicio que ya ellas realizan en sus comunidades. Más allá de las diferentes opiniones teológicas sobre si hubo o no diaconado femenino sacramental en el pasado, el Papa tiene poder suficiente para instaurarlo por motivos pastorales. También habría que discernir si no es posible adecuar la materia y forma de los sacramentos, *salva eorum substantia*, al contexto amazónico, donde ni el pan de trigo ni el vino de uva son frutos de su tierra. Y, para la liturgia bautismal, seguramente la inmersión en el río es más expresiva que el bautismo por mera infusión de agua. Pero, a todo lo anterior y como consecuencia de la situación creada por la pandemia por coronavirus, cuando los templos han estado cerrados durante meses, debemos completar el adagio patrístico «la eucaristía hace la Iglesia» con su contraparte «la Iglesia hace la eucaristía», es decir, sin una comunidad de fe, la eucaristía no tiene sentido, pues se convierte en un rito mágico.

Quizás muchos crean que este cierre de las iglesias ha sido solo un paréntesis pastoral y que pronto se volverá a la situación de antes, pero otros, afirman claramente que este es un tiempo favorable y de gracia, un *kairós*, un signo de los tiempos; Dios nos quiere revelar algo. ¿Qué quiere decirnos Dios? El Espíritu nos invita a pasar de una Iglesia sacramentalista y clerical a una evangelizadora. La Iglesia sacramentalista es aquella que se identifica tanto con los siete sacramentos, que tiene el riesgo de considerar al clero como el protagonista de la Iglesia y al templo como su centro autorreferencial o propio; mientras, margina a los laicos, descuida la evangelización, el anuncio la Palabra, la iniciación a la fe, la oración, la formación cristiana, y no forma una comunidad cristiana ni un laicado de ciudadanos responsables y solidarios con los pobres y marginados.

A diferencia de esta, una Iglesia evangelizadora hace lo que hizo Jesús: ante todo anunciar la buena nueva del Reino de Dios, predicar, curar a los enfermos, comer con los pecadores, dar de comer a los hambrientos y liberar de toda opresión y esclavitud. Este era el programa de Jesús en la sinagoga de Nazaret: dar vista a los ciegos, liberar a los cautivos, evangelizar a los pobres, anunciar la gracia y la misericordia de Dios... (Lc 4,16-22).

Ciertamente, en la última cena, Jesús instituyó la eucaristía como pan de vida eterna, pero el evangelio de Juan situó en la última cena el lavatorio de los pies y el mandamiento nuevo del amor fraterno (Jn 13,1-20), completando así la dimensión litúrgica con la más existencial y evitando que la eucaristía se convirtiese en un mero rito vacío. No se trata de minusvalorar ni olvidar los

sacramentos, sino de valorarlos como «signos sensibles y eficaces de la gracia», pero siempre a la luz de la fe y de la Palabra, para que no se conviertan en magia y pasividad. Por eso, toda celebración sacramental viene precedida por la celebración de la Palabra. El Concilio Vaticano II afirma que la misión primera de los obispos y presbíteros consiste en anunciar la Palabra de Dios.

«La Iglesia hace la eucaristía» significa que es toda la comunidad, presidida por sus pastores, la que celebra la eucaristía, porque sin el tejido de una comunidad eclesial no habría eucaristía. En términos teológicos, en los sacramentos hay que unir la dimensión subjetiva y personal de la conversión y la fe (*ex opere operantis*) a la dimensión objetiva de la gracia (*ex opere operato*).

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, en el cónclave de su elección como obispo de Roma, ofreció una original interpretación del fragmento 3, 20 del Apocalipsis, en el que el Señor llama a la puerta para que le abramos. Ordinariamente se entiende que el Señor quiere que le abramos la puerta para entrar en nuestra casa y cenar con nosotros, pero Bergoglio dijo que lo que el Señor nos pide ahora es que le abramos la puerta y le dejemos salir a la calle. Por eso, el papa Francisco habla de «una Iglesia en salida», hacia las fronteras, cual hospital de campaña, que huela a oveja, que encuentre a Cristo en las heridas del pueblo y de la Iglesia, que cuide de nuestra casa común, que callejee la fe, como María que se fue a toda prisa a visitar a su prima Isabel.

26

No se trata de convertir a la Iglesia en una ONG o en una obra meramente social, pues la eucaristía, momento conmemorativo de la muerte y resurrección de Jesús, es la cumbre de la vida cristiana. Pero solo se llega a esta cumbre por el camino de la fe y del seguimiento de Jesús. Desde esta perspectiva quizás se comprenda por qué el papa Francisco en *Querida Amazonía*, antes de descender a la dimensión de los ministerios ordenados, prefiera fortalecer el tejido eclesial de la comunidad amazónica con una fuerte presencia de todo el Pueblo de Dios. Esta comunidad es la que deberá discernir la necesidad de ministros autóctonos ordenados y proponer soluciones concretas.

7. El Espíritu del Señor actúa desde los últimos

Esta última clave seguramente es la más importante para comprender a fondo las claves anteriores. Hay que partir del hecho de que el Pueblo de Dios cree que quien lo conduce es el Espíritu del Señor que llena el universo (GS 11) y que toda la Iglesia, especialmente los pastores y teólogos, han de auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu, las múltiples voces de nuestro tiempo (GS 44). De este modo, se comprenderán los planes de Dios y, entonces, la Verdad revelada podrá percibirse mejor (GS 44).

Se trata de la teología de los signos de los tiempos, formulada por el papa Juan XXIII en *Pacem in terris* y que el Vaticano II profundizó en *Gaudium et spes*. El Señor está presente, actúa y se manifiesta en la historia humana a través de acontecimientos y deseos profundos de la humanidad. La historia humana no es homogénea, sino que hay momentos estelares, tiempos de gracia, *kairós*, que llaman a una conversión y cambio profundo hacia el Reino de Dios. Son lugares teológicos privilegiados para captar y profundizar la única revelación de Jesucristo. Pero a lo anterior se le añade que este Espíritu que dirige la historia, ordinariamente actúa desde abajo, desde los últimos (*eschatoi*) para que aparezca con mayor claridad que no es la sabiduría o el poder humano quienes dirigen la historia hacia el Reino, sino el Espíritu que aletea desde el comienzo en el caos originario de la creación (Gn 1,2). También es este último el que suscita jueces y profetas en momentos de crisis del Pueblo de Israel, el que ilumina a la madre de los macabeos en pleno martirio de sus hijos con la fe en la resurrección (2 Mc 7, 22-23); el Espíritu que hace que mujeres estériles conciban hijos (Gn 11, 30; 25, 21; 29, 31; Lc 1,7.27) y una virgen engendre a Jesús (Lc 1, 35), el que derrama sus dones sobre el Mesías (Is 11, 1-9), el que guía la vida y obra de Jesús y le resucita de entre los muertos. El Espíritu creador y vivificante actúa desde abajo, desde los últimos para el bien de todos. Por eso, los pobres ocupan un lugar privilegiado en el Pueblo de Dios (EG 197-201).

27

Este Espíritu presente en el *de profundis* de la historia, que se manifiesta a través de los últimos, pobres, marginados y descartados, es el que ahora clama a través de los pueblos amazónicos, pidiendo justicia en su tierra, libertad para vivir su identidad y su cultura, para que se respete su territorio, la Madre tierra. Al grito de los pobres se une el grito de la tierra, es el Espíritu del Señor el que clama a través de ellos. Y a través de estos últimos, descartados y amenazados, el Señor quiere hacernos escuchar su voz para que abandonemos caminos de muerte y nos convirtamos a una ecología integral y para que la Iglesia inicie nuevos caminos, sea una Iglesia de rostro amazónico, abierta a una reforma de sus comunidades, de los ministerios, de las liturgias, de la teología india, de la evangelización y de la misión. Y, así, a través de la Amazonía, la reforma de la Iglesia se extienda a todo el planeta.

8. Epílogo narrativo

Un grupo de indígenas había llevado consigo al Sínodo dos estatuas de madera que representaban dos mujeres embarazadas que mostraban en sus vientres la gestación de un nuevo hijo. Eran una imagen y un símbolo de la vida, de la fecundidad, de la Madre tierra, de la mujer portadora de vida.

Unos cristianos ultraconservadores, creyendo que se trataba de ídolos, las robaron y las lanzaron al río Tíber. Los *carabinieri* italianos las sacaron del río y las entregaron de nuevo a sus dueños. El Papa, como obispo de Roma, pidió públicamente perdón a los indígenas por este robo, y pidió que aquellas imágenes fueran llevadas al aula sinodal. Fueron colocadas en la mesa de la presidencia sinodal, junto con imágenes de mártires amazónicos. Y en esta ocasión citó el texto de Charles Péguy que antes hemos mencionado.

Más allá de la anécdota histórica, puede hacerse una lectura simbólica del lanzamiento de estas imágenes al Tíber: la Amazonía ha llegado al Tíber y desde ahí a todo el mundo. Roma se ha “amazonizado” y el clamor de los pueblos amazónicos se escucha ahora en todo el mundo.

Eso ha sido el sínodo, la llegada del Amazonas al Tíber y del Tíber a todo el mundo. El papa Francisco pedía que en el Sínodo hubiera desborde; y el sínodo ha quedado desbordado. En medio de tensiones y a pesar de nuestras limitaciones, el Espíritu ha sido el actor principal del Sínodo. El Espíritu Creador es el único capaz de renovar la faz de la tierra.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

El Sínodo para la Amazonía nos invita a cuatro conversiones: social, ecológica, cultural y eclesial. Estas, en el contexto de la actual pandemia, resultan de vital importancia.

1. Conversión social

¿Estamos dispuestos a trabajar y a luchar por un mundo sin las hirientes desigualdades e injusticias sociales que existen entre países y dentro de cada país? ¿Nos dejamos interpelar por el clamor de los excluidos, de los pobres, de los insignificantes, de las mujeres, de niños y ancianos abandonados, de emigrantes, de enfermos y de los pueblos indígenas?

2. Conversión ecológica

29

¿Conocemos la encíclica *Laudato si'* y sus exigencias para una ecología integral, ya que el problema no es solo del cambio climático sino socioambiental? ¿Escuchamos el grito de la tierra junto al de los pobres? ¿Estamos dispuestos a un tipo de vida más sencillo, sobrio, fraterno y compartido, renunciado al paradigma tecnocrático y machista, liberal y consumista que destruye nuestra casa común? ¿Nos examinamos sobre el pecado ecológico? ¿Qué iniciativas podemos proponer?

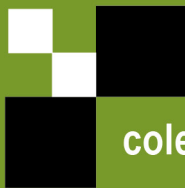
3. Conversión cultural

¿Absolutizamos nuestra cultura occidental moderna y posmoderna como la única válida? ¿Estamos abiertos al pluralismo cultural y religioso, al ideal de “vivir bien” de los pueblos indígenas? ¿Respetamos culturas y religiones de los migrantes que llegan a nuestro país?

4. Conversión eclesial

¿Estamos abiertos a una Iglesia en salida a las periferias sociales y existenciales, cual hospital de campaña que cura heridas, una Iglesia pobre y junto a los pobres? ¿Queremos edificar una Iglesia Pueblo de Dios que camina hacia el

Reino, una Iglesia no clerical ni patriarcal, sino de diálogo, escucha y discernimiento? ¿Estamos dispuestos a reconocer el protagonismo de los laicos que por el bautismo poseen la unción del Espíritu y respetamos los diversos carismas y ministerios eclesiales? ¿Mantenemos la tensión entre una iglesia que hace la eucaristía y una eucaristía que hace la Iglesia?



colección virtual

10. ¿Qué nos jugamos? VV.AA.
11. *Romeros de América*. José I. González Faus
12. *Retiro en la ciudad*. Pepa Torres
13. *Vidas entregadas: Teresa de Jesús Ramírez y Dorothy Stang*. Clara María Temporelli
14. *Economistas profetas*. José I. González Faus
15. *Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación*. Josep F. Mària Serrano y Ramon Xifré
16. *Soñamos la ciudad, la construimos juntos*. Varios Autores
17. *En las víctimas está Dios reconciliando el mundo*. F. Javier Vitoria
18. *Capital e ideología. Selección de textos*. José I. González Faus
19. *COVID-19: Más allá de la pandemia*. Joan Carrera i Carrera
20. *Mi experiencia del Sínodo para la Amazonía*. Víctor Codina

La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferentes no hemos editado en papel, pero que pensamos tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ. Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos contigo.

Encontrarás los cuadernos de esta colección en: www.cristianismeijusticia.net/virtual